

LOS PASOS DEL OTRO PISO

Como cada mañana, mi reloj me despertó a las seis en punto, después de dos horas y media de sueño. Me levanté con dificultad y me acerqué a la ventana. El día no estaba ni claro ni oscuro. Se podían ver nubes en el cielo y se adivinaba la lluvia para el mediodía. Fui al baño, me limpié las manos, me puse el chándal, me comí rápidamente una barra energética y fui a correr un poco. Pasando a orillas del mar, pensé en lo que se podría visitar del otro lado: cada destino, todos diferentes y divertidos. Me gustaría viajar a otro continente en el futuro, para conocer otras cosas. ¡Bueno igual! Finalmente llegué al bosque, más allá, e hice algunas flexiones, tracciones y otros ejercicios de este tipo antes de volver y tomarme una ducha. Después de toda esta aventura apasionante-ya ustedes han entendido que suelo entrenarme todas las mañanas de todos los días de todas las semanas de todos los años (con un poco de exageración)- me fui a estudiar.

Yo era estudiante en una universidad y había escogido una carrera de ciencias físicas. Cada hora que pasaba era o buena o mala, pero no era “normal”. O me gustaba o no me gustaba. ¡Me imagino que ya sabrán cómo pasan las cosas en una universidad cualquiera! Al final de las clases, si tenía suerte y no deberes, me iba a dar una vuelta con los amigos. O volvía a casa para hacer los deberes y cenar si no me dormía antes.

De vez en cuando, solía sufrir insomnio, pero esta noche, fueron otras cosas las que me despertaron... Pasos... Pasos que venían del apartamento superior. ¡Qué extraño! Nunca había notado este ruido antes. Esperé un poco diciéndome que se acabaría dentro de poco. Pero no paró. Y fue así hasta el amanecer. A la noche siguiente, de nuevo empezaron los pasos. El problema era que este fin de semana me había ido a una fiesta y entonces pensé que los ruidos habían vuelto por culpa de mi tasa de alcoholemia... Al día siguiente decidí ir a ver lo que pasaba. Toqué el timbre. No respondían. De nuevo. Sin éxito. Intenté llamar a la puerta, uno nunca sabe... nada. Lo único fue que, escuchen, ahora empieza verdaderamente la historia, el vecino de enfrente que me había oído, me dijo que este apartamento estaba vacío. Como no quería llegar tarde, me fui a la universidad y me dije que este misterio se resolvería por la noche. Cuando llegué a casa por la tarde, no hice mis deberes. Me puse a pensar. Era imposible. Simplemente imposible: si nadie vivía arriba, ¿de dónde venían los pasos? ¡Porque eran pasos se lo prometo!

Tardé ocho noches en decidirme e ir a comprobar. Desde esa noche cuando me despertaron por primera vez, no habían parado. Entonces, subí. Pero al llegar delante de la puerta, no lo hice: no entré. ¿Les he dicho que había comprobado?: Pues les he mentado.

Noche tras noche me parecía que los pasos se hacían más fuertes y más largos. El tiempo pasaba y me volvía loco. Hasta que no pude más. Una noche subí y le di una patada a la puerta. El piso debía de estar deshabitado desde hacía cierto tiempo porque la puerta cayó al suelo. Entré. Estaba sucio y olía a humedad. Bueno, se lo confirmo: vacío pero apestoso. Como no había luz bajé a buscar mi teléfono y usé la lámpara que tienen los móviles. Tal vez me aventuré demasiado en este espacio. Tardé bastante tiempo en darme cuenta de que los pasos habían parado.... Estaba solo... y en pantalón corto. Eso me asustó. Me puse a temblar un poco y me

cogió el frío. Aunque no me sentía seguro, me animé a buscar. ¡Caminaba por los cuartos, miré los muros, hasta que llegué a la sala de baño: ¡encontré una fuga de agua! ¡Maravilloso! ¡Todo esto para encontrarme frente a una fuga de agua! Me enfadé solo en la oscuridad. Por supuesto, esta vez, el vecino no me había oído.

Por fin me calmé. Di la vuelta para bajar a mi cama y al lado de la ventana... vi a una mujer, no... un fantasma, no..., un espíritu, no..., bueno... un cuerpo blanco, como transparente. Sentí mis piernas abandonarme, el sudor goteaba en mi cuello y sentí un miedo inmenso. Me pasé las manos por la cara y miré de nuevo. Había desaparecido. Solo había una cortina blanca, bueno, ya no blanca sino sucia, y gastada por culpa de las polillas. Corrí a mi cuarto, por poco me caí en la escalera, me envolví en las sábanas y no me moví hasta el día siguiente.

Ese mismo día no fui a la universidad, no me quedé en mi casa. Tal vez fui a casa de Roxana (mi novia) que no estaba pero yo siempre tenía un doble de las llaves. Y allí me quedé, sumido en mis pensamientos. Tampoco era posible que solo una fuga de agua hiciera tanto ruido, sobre todo en toda la superficie del apartamento. Pero un fantasma no tiene peso... no es capaz de hacer ruido con sus pies en el piso. A causa del miedo, me pasé una semana y media en casa de Roxana.

Pero no se burlen de mí porque volví a subir al piso superior de mi edificio, esta vez de día. No había nada. Este lugar seguía vacío. Al salir, llamé al fontanero para la fuga. Después de subir por la escalera, vi a un hombre desconocido. Me adelanté y lo saludé. Me dijo que él no vivía aquí pero que su esposa, de la cual estaba divorciado, solía haber vivido en este apartamento cuya "puerta ya no existe". Su hija había fallecido y por culpa del dolor insoportable que le administraba este lugar a la madre, se había ido a vivir a otra parte. Quizás América dijo él. Y en ese momento, sentí aire que parecía venir de la ventana... cerrada. Empecé a imaginar un escenario de película: quizás no había soñado. ¿Quizás había visto a la hija esa noche? No. Eso me parecía loco e imposible. Algo demasiado especial para mí. ¿Sería posible?

El mes siguiente, el fontanero arregló el problema de fuga. Los pasos siguieron. Ya no podía ser el agua, pero, lo muy raro, es que ya no eran tan fuertes. Llegó un periodo en que los pasos se oían cuatro veces a la semana: los lunes, martes, viernes y domingos. Por incomprensión, duda y un poco de curiosidad, volví a subir varias veces. Pero jamás volví a ver otra cosa que una cortina sucia. Una noche pensé verla de nuevo, pero, hoy en día, ya no estoy seguro.

Una cosa es cierta: los pasos siguieron hasta que me fui de ese edificio porque ya había empezado mi vida profesional. Nunca supe de dónde venían esos pasos que, hay que ser franco, me molestaban. Pero fue como todo, logré acostumbrarme. Y, por supuesto, las raras veces que volvía el padre para intentar vender el apartamento, los pasos se hacían más fuertes...

Cuento escrito por Schéhrazade, Orlane, Lina, Léa S. y Odalys

